

Signos Literarios

De hecho, algunas de sus actividades, como la Exposición Surrealista Internacional de 1935 o su Boletín Internacional del Surrealismo, tuvieron resonancia nacional e internacional. Entre las figuras más destacadas cabe nombrar a Agustín Espinosa, Pedro García Cabrera, Emeterio Gutiérrez Albelo o, el más joven, Domingo López Torres.

En conjunto, se trata de un libro que, a pesar de su sencillez y claridad, tiene una clara pretensión crítica y de síntesis. Su estructura, propia incluso de manual, facilita el acercamiento al mundo de la vanguardia, sin simplificar ni banalizar, por ello, los temas tratados. Cabe resaltar el importante trabajo de documentación llevado a cabo por el autor con la intención de proporcionar una idea cabal no sólo de la época, sino de cada una de las figuras, sean principales o secundarias, que conforman la llamada Generación poética del 27.

No podemos olvidar, sin embargo, la omisión en estas páginas de autores tan importantes como Lorca, Cernuda o Aleixandre. Omisiones que hacen de esta publicación un estudio importante, pero no definitivo para el acercamiento a la poesía de vanguardia española.

Teresa Choperena Armendáriz

Universidad de Navarra

D. R. © Teresa Choperena Armendáriz, D.F., julio–diciembre, 2006.

Maricruz Castro, Laura Cázares y Gloria Prado, ed. *Escrituras en contraste: Femenino/Masculino en las literaturas de América*. Aldous/ Universidad Autónoma Metropolitana—Iztapalapa, México, 2005.

He llegado en los últimos años a pensar que muchas veces la lectura apasionada se consume en una lectura. Dicho de otro modo: la escritura es una de las formas más acabadas de la lectura. Se cierra así ese círculo virtuoso y el lector queda atrapado por el texto a la vez que el texto queda atrapado por el lector. Una sensación de este tipo tuve al leer *Escrituras en contraste. Femenino/Masculino en las literaturas de América*, donde varias devotas lectoras se convierten en autoras de primorosos comentarios sobre obras a las que han dedicado su mayor interés: auténticas escrituras de otras escrituras.

La obra presenta además una perspectiva de análisis original y productiva para el estudio de la literatura latinoamericana: la conformación de binomios a partir del concepto de “escrituras en contraste”. Este novedoso enfoque, que había comenzado ya a ser explorado en un primer volumen dedicado también a las escrituras en contraste, permite fundar una nueva propuesta de mapeo de nuestra tradición cultural así como ofrecer, de manera dinámica y partir de nuevas calas, nuevas formas de comparación y reflexión en torno a una literatura tan rica como todavía poco explorada. Es valioso también, como resultado adicional, “de pilón”, este esfuerzo de organización de una bibliografía, que traduce un seguramente épico esfuerzo de rastreo de fuentes.

La solvencia de las autoras para emprender tamaña tarea es evidente: todas ellas dan muestras no sólo de un muy buen conocimiento de elementos teóricos y metodológicos, seriedad en la búsqueda y manejo de fuentes y en el análisis de los textos, y una muy adecuada contextualización histórica, geográfica y cultural de los temas. Por otra parte, la variedad de formas y estilos de abordaje, que otorga mayor dinamismo e interés a un texto tan rico, sugestivo, extenso e intenso como éste. Pero además, *last but not least*, se evidencia el largo y provechoso trabajo de taller y discusión colectiva, que imprime a ésta, como a las otras obras del Taller de Teoría y Crítica Literaria Diana Morán–Coyoacán, una tonalidad particularmente confiable y entrañable. Se trata, como dice la solapa, de un equipo de trabajo constituido por 25 académicas, en su mayoría con nivel de grado en el área de literatura, adscritas a diferentes instituciones de enseñanza superior, que se reúnen semanalmente (me consta) desde 1984, y que han realizado ya varias publicaciones en coautoría, así como han sido merecedoras de apoyos del CONACULTA y el CONACYT.

Si regresamos al libro, los tres primeros trabajos del conjunto, escritos por Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco y Mónica Szurmuk, son buena muestra del carácter de lectura inteligente, sensible, cuidadosa, pertinente, aun cuando las respectivas decisiones en cuanto al binomio a trabajar obedecen a distintos criterios heurísticos. Se dedican, respectivamente, a los argentinos Sylvia Iparraguirre y Eduardo Belgrano Rawson, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, Reina Roffé y Sergio Chejfec —representantes estos últimos de la novela de la postdictadura argentina, que nos ponen al borde de una gran pregunta: cómo narrar—, de modo que parten y a la vez confirman las afinidades culturales y temáticas entre los autores. En el caso de Ocampo–Bioy, además, se trata de un vínculo reforzado por la obligada convivencia en la literatura y en la vida de una pareja de escritores. Si avanzamos en el recorrido, encontramos otra entrañable

Signos Literarios

relación de amistad en la cocina (tal vez la combinación ideal de calor y creatividad, antítesis del hermético y solitario cuarto propio que demandaba Virginia Wolf). Debemos a Berenice Romano y Hurtado esta incursión por las celebraciones de vida de María Luisa Bombal y Pablo Neruda. Me cuesta un poco más aceptar el binomio Roa/Eltit, basado en la ruptura narrativa que Mónica Velásquez Guzmán considera característica de su escritura. Ute Seydel dedica también una interesante lectura a Cristina Peri Rossi y Julio Cortázar desde la perspectiva del juego.

El recorrido sigue para asomarse a “Dos puntas de la literatura chilena: Marcela Serrano y Luis Sepúlveda”, por parte de Margarita Tapia, seguido de “La grotesca desazón: María Virginia Estensoro y Oscar Cerruto”, trabajo preparado por Cecilia Olivares. Regina Cardoso Nelki se dedica a los “Encuentros y desencuentros de la memoria: Carmen Ollé y Alfredo Brice Echenique”; Tabea Alexa Linhard se preocupa por dos escritores colombianos: Laura Restrepo y Fernando Vallejo, parangonables a través de los temas de la violencia y la enraciación, y para cerrar el recorrido sudamericano Gloria Prado se dedica a “Buitrago y Moreno Durán: dos voces, dos arquitecturas de la palabra, dos subversiones”.

El recorrido avanza ahora hacia Centroamérica y el Caribe, en un valioso esfuerzo por integrar realmente a ese gran hermano desconocido a la reflexión sobre literatura latinoamericana. Luz María Becerra se ocupa de Carmen Naranjo y José León Sánchez, representantes de una misma generación de escritores costarricenses. Maricruz Castro Ricalde trabaja “Identidad, familia y nación a propósito de (los nicaragüenses) Gioconda Belli y Sergio Ramírez”. Gioconda Belli, conocida sobre todo por su poesía, es aquí analizada en cuanto narradora. Cuba llega a través del trabajo de Elena Madrigal, quien se dedica a Dulce María Loynaz y José Lezama Lima, creadores o demiurgos de dos personajes, Bárbara, habitante de un jardín y José Cemí, habitante del paraíso.

Muy acertado es también, desde el título, el texto de Luz Elena Zamudio, “Contrapunteo de dos poetas cubanos” (título que evoca, por supuesto, el clásico *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*), dedicado a establecer vínculos entre la obra de Nicolás Guillén y Nancy Morejón, tales como la búsqueda de su propia genealogía y la construcción de la identidad cubana.

Laura Cázares dedica su estudio a “La escritura en la ficción: Rosario Ferré y Luis Rafael Sánchez”, ambos pertenecientes a la generación del 75 en Puerto Rico. Tal vez ese ensayo de Ferré que lleva por título “Escribir entre dos filos” sirva para sugerir no sólo el problema de escribir entre dos lenguas, sino para caracterizar, de algún modo y de manera extensa, mucho más de lo dicho a

través de todo el libro: parejas, contrastes, contrapuntos entre escrituras nos conducen también a estas orillas, estos abismos, estos entrefilos.

En “Dos novelas de la memoria de los dominicanos Julia Álvarez y Pedro Vergés”, ambos exiliados, Blanca Ansoleaga nos conduce a uno de los temas más candentes de la crítica actual: la relación entre historia, memoria, autobiografía, el cuerpo: el tiempo de las mariposas, el tiempo del bolero.

La sección se cierra con dos textos de enorme interés, el de Laura López Morales, “Diversidad y memoria o cómo destejer y volver a tejer la madeja de la historia según Maryse Condé y Patrick Chamoiseau”, y el de Rose Lema, “*La colonie du nouveau monde* y *Le sommeil des dieux*”, que dedica una lectura contrastiva a dos discursos caribeños, el primero producido por Maryse Condé, de la Guadalupe, y el segundo autor de la Martinico, André Lagier.

Y el libro mismo concluye con una última sección, dedicada al Canadá, e integrada por tres trabajos: Claudia Lucotti, “Apalabrar a Canadá con el Caribe. El caso de Dionea Brand y Austin Clarke”, donde la crítica se dedica a una pareja de escritores canadienses de extracción caribeña, seguido del escrito de Dora Pasternac, “Nicole Brossard y Michel Tremblay: texto de experimentación y novela de amores”, y el de Graciela Martínez Zalce, “Montreal y las fronteras de los géneros. De la literatura al cine: homo, hetero y transexualidad”, donde se pone en evidencia el modo en que las cuestiones de género se entretajan con las cuestiones identitarias y los nuevos desafíos estéticos.

Nuestras colegas y amigas han debido vencer varios obstáculos, varios desafíos: no sólo el enorme problema de conseguir las fuentes de primera mano y edificar bibliografías, no sólo el de establecer pares contrastivos que resultaran convincentes para muchos de quienes dudan incluso de la perspectiva de género, sino también de adentrarse por zonas geográficas y culturales de difícil acceso y comprensión para quienes se ubican cómodamente en la tradición hispanoamericana, y además apelar a la lectura de textos tan cercanos a nosotros en el tiempo, tan actuales y actuantes, que en muchos casos no han sido aún “canonizados”. Han debido a su vez integrar a la discusión temas y problemas variadísimos y emprender consecuentemente nuevas calas: género, lenguaje, escritura, cuerpo, memoria, genealogías, fronteras, etcétera, de tal modo que se han visto llevadas a reproblematicar discusiones y formas de preguntar a los textos. En rigor, de la lectura de la obra en su conjunto se desprende que si bien el problema del género fue el punto de partida, cuestiones como violencia, poder e historia han sido en general el punto de llegada. Si a todo ello sumamos la solvencia con que han

Signos Literarios

logrado superar todas estas pruebas, todos estos desafíos, reconoceremos que nos encontramos ante un libro de singular valía, acrecentada por los méritos de un trabajo de equipo, de singular valía y particularmente ejemplar en nuestro medio intelectual.

Liliana Weinberg

Universidad Nacional Autónoma de México

D. R. © Liliana Weinberg, D.F., julio–diciembre, 2006.